

Vindicación de la Cultura Antigua.

Es preciso, ante todo, indicar lo que entendemos por CULTURA ANTIGUA. Spengler ha popularizado con este nombre al período Clásico o Greco-romano. Indudablemente la designación no fue feliz, puesto que es evidente que han existido culturas más antiguas que la Helénico-latina, aún dentro del ciclo, que, comenzando en la prehistoria, llega hasta nosotros. Con más propiedad puede llamarse Antigua la cultura relacionada de los habitantes del Asia Anterior y el Noreste del Africa en los primeros milenios antes de la era actual. Así lo consideramos en este artículo.

Tal cultura comprende lo que, parcialmente, se llaman civilizaciones Sumeria, Egipcia, Babilónica, Asiria, Hebraica, Fenicia, Aramea, Hetita y Minoana. Aunque cada una de las sociedades antes enumeradas haya tenido sus propias peculiaridades, no puede dudarse que existió una estrecha vinculación y continuidad entre todas ellas y que los caracteres generales de la mentalidad, de la organización social y política y de las formas de vida, en la zona geográfica expresada, durante el tiempo asimismo referido, tienen tan gran semejanza, que, salvo algunos particularismos, pueden tenerse como los mismos y de allí que proceda al estudiarlos bajo un solo signo cultural.

La mejor prueba de este aserto está en que todas ellas

han sido calificadas con el epíteto de teocracias orientales y que, generalmente, igual crítica severa ha valorizado su aporte al progreso humano.

Al particular ha existido entre la mayoría de los historiadores una palpable injusticia. Parece que la admiración por el “milagro griego” ha conducido al extremo de desconocer cuanto los hombres avanzaron antes de la aparición de los pensadores y estetas helenos.

Es verdad que la que venimos denominando Cultura Antigua presenta estigmas imborrables. Podemos citar su concepción nada dignificante del individuo, sus abominaciones y absurdos religiosos, su arte canonizado de una grandiosidad inútil y agotadora, pero el avance, últimamente realizado, en las investigaciones históricas, nos permite darnos cuenta de que, bajo esa odiosa apariencia, se encuentra una obra de primordial importancia para el adelanto de la humanidad.

Un hecho capital en su favor es que ella ha sido la primera de las llamadas “Grandes Culturas”, de aquellas que dice Spengler “que describen sus círculos majestuosos entre la masa ingente de los acontecimientos humanos”. Fueron, pues, los iniciadores de este periodo cultural los que sacaron a nuestra especie del letargo prehistórico en que vivió quinientos mil años. Por otra parte, como ya los sostenía Herodoto, día a día se aclara su contribución decisiva en los primeros pasos de las ciencias, las artes y las técnicas.

Tenemos, por ejemplo, que siempre se les negó a los componentes de esta Cultura toda facultad de abstracción filosófica. Es cierto que en la Cultura Antigua no puede hablarse de la existencia de una Filosofía en el sentido extricto de la palabra. Convenimos en que la Filosofía, como disciplina independiente entre los conocimientos humanos, con un sentido laico, racional, naturalista, solamente aparece en

la Cultura Helénica. Sin embargo, dentro de las elucubraciones religiosas del Egipto y el Asia Anterior, del primero principalmente, encontramos algunas ideas ciertamente filosóficas, ya sobre la esencia del ser supremo, la naturaleza primera de las cosas, las leyes que rigen el Universo y otros problemas de índole metafísica. Aún hasta se hallan pasajes que permiten darse cuenta de sus opiniones respecto a la actividad subjetiva.

La Cultura Antigua es abundante en mitos, pero hay algo más que fantasía primitiva en la llamada Doctrina Heliopolitana, en Egipto, que si bien bajo la forma mitológica, indispensable dentro de su credo materialista, representa una concepción muy interesante respecto a la esencia y génesis de los dioses, los seres y las cosas.

En general en toda el área cultural Antigua, nos hallamos en presencia de una creencia, que parece haber sido muy arraigada, referente a la esencia primordial. Es el elemento acuoso, el mismo que constituye el *arqué* de Thales. Así, en las antiquísimas relaciones sumerias, anteriores a los 3,000 años antes de Cristo, se explica el origen de todo lo creado por la unión de dos principios húmedos, Apsú y Tiamat, las aguas dulce y salada.

La teoría de los sabios de Heliópolis es más profunda. Según ellos, en el principio, existía un Agua, en la que flotaban los gérmenes inertes, *menú*, de todos los seres y las cosas. Dándole un aspecto religioso a esta especulación intelectual, personificaron en el dios Nun a este principio acuoso, que es, al mismo tiempo, [el caos, la nada.] En el vivía como expresa Moret, un espíritu indefinido aún, pero que llevaba en sí mismo la suma de las existencias futuras. Se le llamó Atum. Sufriendo a consecuencia de su falta de personalidad, deseó crear en su espíritu todo cuanto existe. Atum se levantó por el esfuerzo de su voluntad fuera del Nun. Sur-

* El Caos no es ~~de~~ sinónimo de La Nada.

La teoría griega en del origen es la Ordenación del Caos

La judía es la creación ex nihilo.

gió del agua primordial, se hizo la luz y Atum, desdoblado y materializado, fue el Sol, Rá.

Atum-Ra crea después todos los dioses, los seres y las cosas del Universo. La aparición se realiza conforme va pronunciando los nombres de todo lo que existirá. Es la creación por el Verbo. Para los pensadores de Heliópolis, el Verbo no solamente crea el mundo en su origen, la vida universal es una creación continua alimentada por él. En esta actividad infatigable del Verbo vemos el concepto del devenir incesante, acogido después por tantas escuelas.

De Atum-Ra surge la Eneada, que constituye la explicación cosmogónica y el mito de Osiris, que simboliza la lucha del bien y del mal, de la creación y la destrucción.

Observamos que dentro de la envoltura religiosa, mítica, artificiosa que rodea a la idea heliopolitana, se perciben concepciones metafísicas. En su origen, el principio único es un elemento acuoso, del que surge todo lo creado, en un fluir continuo, regido por un orden universal.

Igualmente, como hemos anunciado, se encuentran expresiones referentes al mecanismo de la conciencia individual. La antiquísima inscripción del Faraón Shabaka dice: "Cuando los ojos ven, los oídos oyen, la nariz respira, lo llevan todo hasta el corazón. Este es quien hace salir lo que resulta y es la lengua la que repite todo el pensamiento del corazón. Los miembros adquieren movimiento cuando la lengua emite las palabras, resultantes de lo que el corazón ha pensado". Deducimos, en primer término, que para los egipcios el pensamiento no se elabora en el cerebro sino en el corazón. Además, hallamos todo el proceso de la actividad síquica. La sensación provoca el pensamiento, que hace intervenir a la voluntad, representada por la palabra, la orden, que genera la acción muscular.

Se ha afirmado, asimismo, corrientemente, que la cien-

cia actual es el resultado de una evolución que comienza en la Grecia clásica y se ha desarrollado en la continuidad cultural heleno-latino-occidental, con aportes, no muy importantes, provenientes de la Siria, de los Arabes y, acaso, de la India, aunque estas tres últimas contribuciones hayan tenido también influencias griegas. De este modo se ha olvidado o desdeñado la labor realizada por los pueblos del Cercano Oriente antes de la Hélade.

Sin embargo, debemos estar seguros de que en ellos ha existido una ciencia, desde que, como expresa Abel Rey, este vocablo significa toda especie de saber y más cuando, innegablemente, hubo un conjunto de conocimientos que no pueden llamarse sino “científicos”, en el sentido más restringido de la palabra, en materia de matemáticas, astronomía y ciencia natural.

El lector puede hallar en la obra del autor antes citado “LA SCIENCE ORIENTALE AVANT LES GRECS”, cuanto debe la humanidad y, sobre todo, nuestra Cultura de Occidente, a la Cultura Antigua, bajo los indicados aspectos.

Dos grandes tradiciones han quedado, la mesopotámica y la egipcia, la primera de tendencia mágica y la segunda muy positiva, una abrió el camino de la abstracción y del apriorismo, la otra de la observación y de la prueba a posteriori.

Un tesoro de ideas fue acumulado por los magos caldeos que ha sido explotado por la ciencia. Los alquimistas, astrólogos, curanderos, fueron los creadores de la Química, la Astronomía y la Historia Natural. Las matemáticas, en su fundamentación, parecen provenir de estudios de carácter mágico sobre las propiedades místicas de los números y las figuras.

Los súmeros-caldeos nos legaron un sistema coherente de numeración, el sexagesimal, así como los nilotas desarrolla-

ron el métrico. En Mesopotamia la tabulación se erige en verdadero método científico. Se han encontrado abundantes tablas matemáticas y astronómicas. Las habían de multiplicación de 1 a 59, puesto que el 60 era la primera unidad de orden superior, de cuadrados de los 60 primeros números y de cubos hasta 16. Asimismo, se han hallado tablas de raíces cuadradas y cúbicas y las astronómicas nos revelan que conocían las progresiones aritméticas y geométricas.

Los sumerios idearon la llamada “notación de posición” o sea que cada cantidad puesta delante de otra significaba sesenta veces mas. Hasta nosotros ha llegado esta técnica y cuando escribimos, por ejemplo, $12^{\circ} - 14' - 32''$ (Doce grados, catorce minutos, treintidós segundos) no hacemos sino seguir el sistema sumerio, conservado incólume durante cinco mil años, de la numeración sexagesimal y la notación de posición.

Los críticos encuentran que la notación de posición revela un pensamiento matemático adelantado, cual es la concepción de la relatividad del valor del número, puesto que es ya elevarse a una abstracción.

Además, los egipcios realizaron las cuatro operaciones, adelantaron en el cálculo de las fracciones y a este respecto se cree fundadamente que superaron hasta a los mismos árabes, desde que conocieron los quebrados de numerador superior a la unidad, en tanto que los segundos llamaban “una expresión inarticulable” a la formada por el numerador 2 con denominador impar.

Los mesopotámicos, o más propiamente, los sumerios, nos han dejado también la división del tiempo, —horas del día, semanas, meses— y de la circunferencia en 360 grados. Los egipcios fueron los primeros en resolver problemas en que se consigue hallar, por medio de datos conocidos, uno que se busca o sea que solucionaron ecuaciones aritméticas.

En Geometría, la abstracción sacerdotal y la agrimensura se coaligaron para hacerla progresar. En Sumeria se encontró la igualdad del radio con el lado del exágono inscrito, la descomposición de esta figura en seis triángulos equiláteros, establecieron correctamente el área de triángulos, trapecios y rectángulos, así como el volumen del paralepípedo.

Las relaciones fijas entre algunos valores geométricos, como la igualdad entre el lado del exágono inscrito y el radio del círculo que lo contiene, a que ya nos hemos referido, impresionó profundamente el espíritu cercano al primitivismo prehistórico de los investigadores de esta Cultura y vieron en ello la intervención sobrenatural, de allí que el exágono inscrito aparezca como uno de los atributos de la divinidad en muchas representaciones sumero-caldeas. Ello los condujo a meditar al respecto y de la especulación de carácter místico sus espíritus fueron pasando, inconscientemente, a la abstracción científica.

Los egipcios han sido también expertos calculadores de superficies y volúmenes. Hallaron el valor de Pi y aunque no encontraron el teorema de Pitágoras, como principio general, se dieron cuenta que en el caso particular en que los catetos están en la proporción de 3 a 4 la hipotenusa vale 5.

Muy interesante en la Cultura Antigua es la rigurosa sistematización que, tanto en Egipto como en Mesopotamia, se percibe en lo relativo a pesos y medidas. En la segunda de estas regiones, principalmente, donde imperaba la numeración sexagesimal, se estableció un sistema solamente comparable a nuestro C. G. S., por supuesto dentro de la diferencia de ambiente. Además de que todas las medidas en sus múltiplos y submúltiplos presentan siempre una relación en que el factor 6 interviene, vincularon entre si unidades heterogéneas, Qa, por ejemplo, unidad de capacidad para áridos, es $1/144$ del codo cúbico y la Mina, unidad de peso, es

$1/240$ del mismo codo cúbico. Esto nos revela un sentido sistemático y lógico, racional, verdaderamente científico.

Se ha hallado también un verdadero patrón para las medidas de longitud. Se trata de una regla graduada que aparece en dos de las estatuas del conocido Patesi Gudea de Lagash y que indudablemente servía como base para las medidas en el país.

Nuestra ASTRONOMIA nace como es bien conocido, en esta Cultura. Los astrólogos caldeos y los observadores egipcios legaron a los griegos preciosos datos. Fue en Mesopotamia donde por vez primera se anotó el movimiento de los astros variables, Sol, Luna, planetas, con relación a las estrellas que ocupan posiciones fijas. Encontraron que los primeros tienen sus órbitas cercanas y pronto este camino del cielo —la eclíptica— fue jalonado, tomando como hitos o puntos de referencia los cuerpos celestes fijos que en él se hallan. Idearon que uniendo las estrellas mas brillantes de cada sector por líneas imaginarias se formaban figuras de seres míticos o reales. De esta manera dividieron el zodiaco en doce partes y podemos creer que la clasificación por ellos efectuada subsiste hasta nuestros días, puesto que denominaban sus constelaciones el Toro, el León, con su estrella del Rey —nuestro Régulus—, Escorpión, Cabra, Carneros. Algunos de estos documentos astrológicos se remontan hasta 2,800 años antes de Cristo. Para sus trabajos de esta índole descubrieron el cuadrante solar, la esfera armilar y la clépsidra.

El calendario egipcio revela el adelanto astronómico que alcanza este pueblo desde tiempo muy remoto. Los sacerdotes del Nilo consideraban como punto de partida de su era, el primer día del mes de Thot —15 de Junio— o de la inundación, en un año en que, en el instante de la salida del Sol, apareció simultáneamente en el horizonte la estrella Sothis (Sirio). Este orto heliaco de Sirio ocurrió el año 2781 a de J. C.

y se repetía, como es fácil calcular, siendo para ellos el año de solamente 365 días, cada 1460 años. Algunos egiptólogos, como Moret, fundándose en que en esa fecha ya existía calendario en Egipto, sostiene que éste solo pudo ser establecido en el 4,241 a. de C. E. Ello nos demostraría, como vemos, que la civilización en ese país es antiquísima.

Se creyó que la madre de nuestra Química, la Alquimia, había aparecido en Alejandría, a comienzos de nuestra era. En efecto, el término se deriva de KEMT, KEMI, tierra negra, nombre con que los egipcios designaban al humus fecundante que deja en sus campos la inundación del Nilo, pero el desciframiento de una tabletas de la biblioteca de Azurbanipal, en Asiria, nos demuestra que el origen de esta ciencia hay que buscarlo en Mesopotamia. A ella, además del elemento mágico, también contribuyó la técnica de los fundidores, grabadores, joyeros ceramistas, pintores, fabricantes de esmaltes y vidrios coloreados y otros obreros de oficios prácticos, tan desarrollados en toda el área de la Cultura Antigua.

Los conocimientos adelantados que los hombres del período cultural que reseñamos poseían sobre las ciencias que globalmente denominamos Historia Natural, podemos saberlos, en cierto modo, por los datos que respecto a la Medicina han llegado hasta nosotros. Tenemos fundamento para creer que los egipcios han sido los que más adelantaron en esta materia, tanto por el carácter positivista que caracterizó a sus investigaciones como por la costumbre de la momificación.

Se sabe que en el país del Nilo, en el siglo XXVIII antes de Jesucristo, ya habían textos de medicina. Herodoto nos relata que existían médicos para los ojos, la cabeza, los dientes, el vientre. En los últimos tiempos se han hallado varios papiros sobre medicina, como los llamados de Berlín de Ebers, de Hearst, pero es el de EDWIN SMITH el que ha

revolucionado el concepto que se tenía sobre el arte de curar en ese pueblo y, en general, sobre los conocimientos que los hombres del Nilo alcanzaron en anatomía humana y las demás ciencias conexas. Igualmente este papiro nos ilustra sobre el aspecto positivo del saber egipcio, que antes hemos hecho notar, pues en los cuarentiocho casos que investiga solamente en uno añade al tratamiento un sortilegio.

Por lo que resta de este papiro se observa en él una evidente organización. Se sigue en todo un orden lógico. Se examina el cuerpo humano metódicamente, de la cabeza a los pies, a pesar de que en lo que se conserva solo se llega hasta la columna vertebral.

Cada caso es contemplado siguiendo un sistema riguroso y constante, que se divide en cinco puntos.

Primero — Título	—	Se expresa	“Instrucción para tal enfermedad;
Segundo — Exámen	—	”	” “Si examinas un hombre” y se dan los síntomas;
Tercero — Diagnóstico	—	”	” “Di que sufre de tal mal”;
Cuarto — Pronóstico	—	”	” “Enfermedad que trataré”, pronóstico favorable;
			” “Enfermedad que combatiré”, pronóstico reservado;
			” “Enfermedad que no trataré”, pronóstico fatal.
Quinto — Tratamiento	—	Se indica	el método terapéutico.

Bajo el punto de vista médico, la importancia de este papiro no es tanta, pero tampoco es desdeñable y los remedios que recomienda pueden considerarse superiores, por supuesto, a las pócimas asquerosas y extravagantes que han perdurado en la Medicina sabia hasta fines del siglo XVIII y que

todavía subsisten en lo que denominamos remedios caseros. En general, cabe sostener que muchas fórmulas farmacéuticas nuestras tiene su origen, a través de la Ciencia Hipocrática, en los pueblos de la Cultura Antigua.

Lo que decimos de la Medicina podemos expresarlo sobre la ciencia fisiológica en general y es innegable que los conocimientos de los egipcios al particular, pasaron a los griegos y de éstos, por los alejandrinos y los árabes, a nosotros.

El DERECHO se ha tenido como una creación del espíritu occidental positivo, de los romanos. Sin negar cuanto debe nuestra Cultura a este respecto a la vocación latina y, sobre todo, a la monumental recopilación justiniana, hay que precisar que la mayoría de las instituciones jurídicas de la época actual las encontramos ya en la Cultura Antigua. Por lo demás, siempre se ha sabido que la legislación egipcia inspiró buena parte de las normas romanas, así como, en unión de los códigos semitas, influyó en Solón y otros legisladores griegos.

Las primeras recopilaciones legislativas que han existido en la humanidad, provienen de los sumerios. Los relatos de este país hablan de las leyes del dios Hanni y de la diosa Nisaba, posiblemente anteriores al año 3,000 antes de J. C. y, más tarde, el rey Urukagina confeccionó un compendio legal. Sin embargo, es el conocido Código de Hamurabi, obra de los semitas caldeos, el primer conjunto de normas jurídicas que ha llegado completo hasta nosotros.

En él se legisla sobre personas, sobre cosas, sobre derecho sucesorio, sobre contratos, se establecen formas de procedimiento civil y penal, se indican los delitos y las sanciones, se hayan preceptos reveladores de que poseían el concepto de la mutua cooperación, la asistencia social y la protección al débil y hasta se fija la responsabilidad profesional. Todas las convenciones contractuales que nos son cono-

cidas allí se encuentran: la compraventa, la permuta, el alquiler, el préstamo, el depósito, el mandato, la hipoteca, la fianza.

Al igual que la recopilación de Justiniano y el Código Napoleón, el de Hamurabi influye en los cuerpos legales de otros sectores de esa Cultura. Las leyes asirias, el Código Hetita, el Deuteronomio judaico se inspiran en el espíritu hamurábico.

Desde tiempo inmemorial existieron en la Cultura Antigua jueces o sea funcionarios dedicados únicamente a administrar justicia y hubieron lugares especiales donde se ventilaban los litigios, que, en Caldea, los textos cuneiformes denominan "lugar de juramento en nombre del rey".

En esta etapa cultural también se forma y organiza el Estado. Durante ella la humanidad abandona la primitiva constitución tribal. No se sabe como se realiza esta evolución entre los sumerios, pero los descubrimientos de Woolley en Ur nos prueban que en el 3,500 antes de Cristo ya existían estados poderosos en la Baja Mesopotamia. Los semitas calcaron su estructura política de la sumeria. En el Egipto es bien conocido este proceso. De los antiguos clanes totémicos se forman los nomos vecinales y de estos los dos reinos del Valle y del Delta, hasta llegar al centralizado imperio faraónico.

Aunque la forma de gobierno es el teocratismo, encontramos al respecto diversas modalidades. El poder casi divino del soberano fue controlado, muy generalmente, por grupos militares o sacerdotales y hasta por instituciones. Entre los hetitas, cuya civilización, extendida en el Asia Menor, va siendo descubierta, el Estado tuvo cierta forma feudal y los grandes barones constituyeron un parlamento, Pankús, verdadera Cámara de Lores, que, en ciertos casos, hasta llegó a deponer al soberano.

No puede negarse que en algunos momentos de la vida de esta Cultura, a pesar del proverbial teocratismo, se percibe actividad política y hasta inquietudes doctrinarias. Prescindiendo, por supuesto, de las intrigas y revoluciones de corte y harem, hay veces que la agitación nacional tiene un origen más elevado. En la época de Ekmatón, por ejemplo, notamos claramente que hay dos tendencias beligerantes. El faraón es un reformador, anticlerical y, si valoramos su espíritu por las obras artísticas e intelectuales que propició, bastante liberal. Intentó un movimiento contra los rígidos cánones que en todas las esferas de la vida dominaban en el país del Nilo. Los sacerdotes, en cambio, son tradicionalistas y, al final, ganaron la partida. El pueblo se dejó convencer por ellos. Acusaron de impiedad a Ekmatón y el desplazamiento hacia el monoteísmo que este inició, incomprensible para la masa ignara, fue expuesto por el clero como una herejía. En Mesopotamia ocurre algo semejante en tiempo de Nabónides.

En las ciudades fenicias, donde existía una gran población urbana, formada por los marineros de las naves, los trabajadores del puerto y los obreros de las industrias y manufacturas que constituían su principal comercio, los ambiciosos habían formado dos grupos, uno aristocrático y otro popular, ambos controlados por oligarcas como los partidos ingleses del siglo XVIII. Las luchas y revoluciones eran frecuentes. La famosa fuga de Elisa o Dido, de la cual resultó la fundación de Cartago, se realiza a causa de un motín de esta especie.

Por otra parte, si bien no puede hablarse de la presencia de doctrinas políticas verdaderas, nos encontramos con que no han faltado tentativas para crear un arte político, es decir, para codificar las reglas que pueden servir de guía para ascender al poder y mantenerse en él. En el antiguo Egipto encontramos las "Enseñanzas del Rey Menikara a

su hijo" sobre la mejor manera de gobernar y, en el Imperio Medio, las del faraón Amenemet, fundador de la dinastía XIIa. Los persas también establecieron reglas de buen gobierno.

Si en la Cultura Antigua, en verdad, se carece de las ideas de libertad política, de democracia y de dignidad humana, en la forma en que nosotros las entendemos y tal como nos fueron transmitidas por la cultura greco-latina, en cambio encontramos hombres valientes que se enfrentan heroicamente a los reyes, a los poderosos y al pueblo mismo, para enrostrarle sus faltas, como son los Profetas hebreos.

También en esta Cultura se estructuran los organismos del Estado. Se crea la milicia, la carrera judicial, el régimen hacendario, así como el funcionarismo y la burocracia. El catastro y el censo egipcio eran perfectos, gracias a los escribas y los romanos aprovecharon mucho de la constitución estatal de ese país. El imperio Aqueménida se cita también como modelo de administración, sobre todo después de las creaciones del genio gubernativo de Darío.

Si existió absolutismo monárquico, no se encuentra normalmente tiranía aristocrática. Todos los intentos para implantar el feudalismo en Egipto fracasaron después de episodios sangrientos. No hay en estos grandes imperios antiguos verdadera nobleza hereditaria, salvo entre los hetitas y asirios, habiendo sido los segundos influenciados por los primeros, de raza aria. El soberano, es cierto, tiene el poder omnímodo, pero todos los demás habitantes son iguales ante él. No hubieron *castas* y si bien era corriente que los individuos ejercieran la profesión de sus mayores, sin embargo, un hombre de cualquier clase social podía aspirar a los más altos cargos, siempre que adelantase en su cultura y merecimientos. En Egipto la carrera del ESCRIBA, de la cual salían los altos funcionarios, era accesible a todos los jóvenes. En las mastabas o tumbas de la generalidad de los per-

sonajes poderosos, en que se encuentra el relato de sus vidas, vemos que partiendo de los empleos más ínfimos han llegado a las más elevadas posiciones del Estado.

Al esclavo se le trataba mejor, conforme aparece de sus leyes, que en otras culturas más adelantadas, inclusive la nuestra. El respeto al vínculo familiar, tan vivo entre los semitas, imponía que el esclavo casado no pudiera ser vendido sino con su familia. Se dieron también normas precisas respecto a la manumisión y se conservan tabletas con rescriptos de los jueces en que resuelven equitativamente casos de este género. Según esto, hace cuatro mil años, en esa sociedad estigmatizada, el siervo vivía mejor que en los tiempos modernos del Tío Tom.

Así como en la Cultura Antigua se crea el Estado, también se forma la pequeña familia, como célula integrante de la Nación y tal como está estructurada hasta nuestros días. Las hordas, clanes y tribus, de vínculo familiar, en que están organizadas las sociedades humanas primitivas, en la Cultura Antigua experimentan un doble proceso. Por integración con otras, ya convertidas al sedentarismo y radicadas en el mismo sector geográfico, forman el estado vecinal o *ciudad-estado*. Por diferenciación, se disgregan en pequeñas familias, hogares o *domus*, como, en otra cultura, las llamaron los romanos. Esta segunda transformación se realiza lentamente, pero puede considerarse ya operada en el 2,000 antes de Cristo, cuando se establece definitivamente el régimen imperial y unitario en Mesopotamia.

La mujer en esta Cultura tiene generalmente mayor preeminencia y libertad que en otras consideradas superiores, como la islámica, la brahmánica o la china. En esta época se evoluciona, igualmente, de la poligamia patriarcal a la monogamia. Los camitas, egipcios y egeos, son monógamos desde muy antiguo. Muchos personajes de las primeras dinas-

tías faraónicas aparecen con su única y, al parecer, bien amada esposa en las pinturas y esculturas funerarias.

En los tiempos de Hamurabi —2,000 a. de C.—, según lo atestiguan innúmeras tabletas cuneiformes, las mujeres intervienen en actos públicos, como la celebración de contratos. La literatura egipcia nos revela la libertad que tenía el sexo femenino en ese país y entre los hetitas, de raza indo-europea, la reina ocupa un alto lugar en la jerarquía estatal y administra, cuando es necesario, el país.

Los derechos de la mujer en la sociedad conyugal están bien definidos y resguardados. En el Código de Hamurabi se legisla sobre el matrimonio, la dote (seriqtu), las arras (tirahtu), los bienes parafernales (nudunnu) y la situación de la viuda y la repudiada. En esos imperios tachados de despóticos hallamos que la ley protegía al débil. En Babilonia se amparaba al pequeño cultivador. Ante todo, al acreedor le estaba prohibido exigir el pago de lo que se le adeudaba antes de terminada la recolección. El campesino cuya cosecha se había perdido por causa de fuerza mayor no estaba obligado a satisfacer en ese año el capital ni los intereses del préstamo que se le facilitó para la siembra.

En Egipto el gobierno vigilaba porque todos los habitantes tuvieran asegurado el sustento. Entre los judíos hallamos la institución del año sabático en el que se perdonaban los intereses y el código mosaico prescribe la protección a la viuda y el huérfano.

En Caldea se legisló contra la usura, fijando la tasa máxima del interés en el 20 por ciento. Hubo, asimismo, preocupación por la salud del pueblo. En Egipto y Mesopotamia se alentaban los estudios médicos y ciertas prohibiciones del Deuteronomio no son, como salta a la vista, sino ordenanzas de profilaxia social.

En esta Cultura aparece, asimismo, el arte literario en la mayoría de sus manifestaciones. Verdad es que casi todas las producciones están impregnadas de un matiz religioso, que, muchas veces, encubre también un motivo político, pero, aunque hayan sido realizadas con tal finalidad, en ella se transparenta la individualidad creadora de sus anónimos autores y la diversificación de sus estilos.

Por lo demás, en el Egipto encontramos, junto a una abundante literatura piadosa, otra absolutamente laica. Las tremendas alocuciones de los Profetas son también producto de mentalidades independientes, altruistas y valientes.

En la épica tenemos el poema sumerio "GILGAMESH" anterior en mas de dos mil años a los cantos homéricos y al Mahabarata y Ramayana indostanos. Esta obra, además del interés que ofrece por su similitud con algunos pasajes del Génesis, aclara los orígenes de la leyenda de Melkhart y de Hércules, así como nos ilustra sobre la historia, el estado social, las costumbres y el conocimiento del mundo de los habitantes de la Mesopotamia del Sur alrededor del 3,000 años antes de J. C.

En materia de poesía subjetiva, en el país del Nilo, durante el Nuevo Imperio, encontramos, entre otras composiciones, unos Cantos de Amor, cuyo lirismo nos presenta un aspecto interesante de la mentalidad egipcia. Estaban acompañados por música, que se ha perdido, así como la métrica. Son diálogos entre amantes, casi siempre de una gran sensualidad. Nos revelan un Egipto de costumbres fáciles, alegrado por el bullicio de las fiestas religiosas, en el que las mujeres gozan de gran libertad.

Uno de estos cantos nos muestra al amante bajando el Nilo, invocando a los dioses para que le devuelvan a su amada. Se enferma al no hallarla, los vecinos se enteran y consiguen traerla a su lado. Se alegra, la besa "en la boca" y se

establece el diálogo. Ella quiere ser su esposa, “su ama de casa”, “poner su brazo bajo el brazo de él”.

Se hallan también pequeños ensayos, epigramas, que Moret considera servirán más tarde de modelo a los escarceos galantes de los poetas alejandrinos. Se expresan en ellos todos los matices del amor. En uno, la enamorada conversa con la tórtola que la despierta con su canto. Le cuenta que no abandonará el objeto de su afecto. Otras contienen reproches apasionados, sospechas de infidelidad. Los poetas, igualmente, alimentan su imaginación con el paisaje propicio al amor. Las perfecciones de la mujer amada son comparadas a los frutos y a las flores. Los árboles que cobijan a las parejas hablan y piden ser cuidados en cambio de sus servicios. Muchos versos describen el ideal de la belleza femenina para los nilotas “cabellera más negra que las tinieblas, dientes brillantes, talle esbelto”.

No olvidemos que el lirismo, pleno de metáforas, de versificación fácil, del “Cantar de los Cantares”, es una joya de la literatura de todos los tiempos y producto de la Cultura Antigua.

El “Himno a Aton”, en Egipto, los “Salmos” de la Biblia, los “Gathas” del Avesta iránico, son hermosas expresiones de la poesía religiosa en este tiempo, asimismo fábulas como la de “Etana”, “Tesup e Ilujanka”, “Telepinu” nos revelan que este género nació en esa zona y en tan remota época.

Existe también una copiosa vena histórica. En las tumbas y templos del Egipto las paredes están exornadas con textos de esta índole. Otras inscripciones son interesantes biografías. En Sumeria y Caldea abundan los relatos históricos. Los reyes hacen grabar los hechos más notables de su gobierno en lápidas, ladrillos, tablillas de piedra, estelas. Desde la época de Entemena, Isakú de Lagash, a principios

del tercer milenio anterior a nuestra era, que nos describe sus luchas con el principado de Umma, encontramos estas narraciones.

Los textos asirios son tan numerosos que han sido clasificados en cuatro géneros. Los Anales en los que se cuentan los sucesos cronológicamente; las Historias Militares en las que se sigue el orden de las campañas; los Fastos en los que los hechos están agrupados según las regiones en que se han producido y, por último, los Relatos, en forma de cartas dirigidas al dios Azur al regreso de cada expedición para darle a conocer los triunfos alcanzados.

Parece que en Fenicia existió una gran recopilación enciclopédica, debida al sacerdote Sanchoniátón, que contenía la historia de ese país y la expresión del acervo cultural Antiguo.

Los reyes de Persia han dejado notables inscripciones en los farallones pétreos de las montañas del Irán. Algunas escritas en tres idiomas, aqueménida, elamita y caldeo, han servido, como la famosa piedra de Roseta en Egipto, para descifrar esos idiomas antiguos.

El género didáctico fue también cultivado, sobre todo en Egipto, donde encontramos muchas sátiras y sentencias de finalidad moralizadora. Desde los primeros tiempos, en las tumbas menfitas, se hallan expresiones de una irónica Musa popular, como el "Canto del Pastor" y el estribillo de los portadores de literas, que encuentran más agradable el palanquín ocupado que el vacío. En el período de los trastornos políticos y sociales, que abarcan de la sexta a la undécima dinastía, aparece una literatura pesimista y reveladora del anhelo de corregir la sociedad. Las "Enseñanzas de Merikara", contiene advertencias para que el príncipe se cuide de los hombres turbulentos, que castigue a los poderosos que violan la ley, que honre a la divinidad y siga una recta con-

ducta. La conocida “Sátira de los Oficios”, “Las Lamentaciones del Campesino”, “Las Sentencias del Sacerdote Neferehu”, “El Diálogo de un Misántropo con su Alma”, “Las Advertencias de un Sabio”, “Los Cantos del Harpista”, son también de estos siglos y de índole ética.

En el Imperio Medio, en este mismo país, hallamos “Las Enseñanzas del Visir Ptahetep” y las del Faraón Amenemhet. En el Nuevo Imperio, “Las Máximas del Escriba Ani” y “La queja de un esposo”.

Se encuentran, igualmente, muchas obras de fin estrictamente pedagógico, como diversos papiros matemáticos, astronómicos y médicos en Egipto y tabletas cuneiformes con igual contenido, cual las halladas en Sippar, Nippur y la biblioteca de Azurbanipal, en Mesopotamia.

Los textos hetitas nos han conservado una muestra de la oratoria política en ese país. Se trata del discurso del rey Katusil cuando asciende al trono. Los libros de los Profetas en el Antiguo Testamento, son encendidas prédicas, admoniciones, en suma piezas oratorias.

En Egipto, dentro de las obras de ficción en prosa, encontramos varios cuentos. Podemos, pues observar, como antes advertimos, que en la Cultura cuya obra venimos reseñando se crean todos los géneros de la literatura, salvo la novela y el drama, que van a surgir en el mundo clásico. Sin embargo, se supone que en Creta, en este período cultural, habían representaciones teatrales al aire libre.

La recopilación de los cuentos egipcios es un tanto voluminosa. Tenemos la “Historia de Sinué”, que relata las aventuras de un joven oficial nilota, que huye al Asia donde alcanza riquezas y poder, más, obsesionado por la nostalgia de la patria, regresa a ella, abandonando la familia y tesoros que tiene en tierra extraña. La “Historia del Náufra-go”, el “Cuento de los Dos Hermanos”, el “Príncipe Predes-

tinado”, el “Hijo de Unamún”, son narraciones fantásticas reveladoras del carácter egipcio.

En la Cultura Antigua aparecen los dos sistemas gráficos primordiales, el jeroglífico egipcio y el cuneiforme mesopotámico, pero desarrolla aún más esta forma de expresión del pensamiento y nos lega el ALFABETO tal como lo utilizamos en nuestros días. Este descubrimiento atribuido a los fenicios es reivindicado actualmente por la crítica histórica para los arameos. De toda forma, está absolutamente comprobado que los griegos aprendieron a escribir de alguno de estos pueblos siriacos.

Los hombres de esta época emplearon bastante la escritura, lo que denota su grado elevado de adelanto. Los egipcios tuvieron, como es tan conocido, la clase de los escribas, verdaderos grafómanos, provistos de su pincel de caña y su paleta con tinta y agua, así como de sus rollos de papiro. Los mesopotámicos también acostumbraban anotar sus contratos, resoluciones judiciales y administrativas y datos de contabilidad en sus tabletas.

En ellas igualmente escribían sus obras literarias y su correspondencia epistolar. Sobre los moldes de tierra húmeda el escriba trazaba sus signos y después se dejaban secar o, más comunmente, se cocían, en hornos especiales, transformándolos en ladrillos duros.

Las tablillas se identificaban dejando en ellas la impresión del pulgar derecho, pero las personas de elevada condición poseían unos sellos planos, o, generalmente, cilíndricos, de piedra—los famosos cilindro-sellos—grabados con diversos motivos mitológicos, luchas de animales, flores que son verdaderas obras de arte glíptico.

Para asegurar los documentos contra falsificaciones, así como el secreto de la correspondencia oficial y particular, los ladrillos, una vez escritos, se espolvoreaban con arcilla

* En estas partes geográficas (Taurus-Hosaya) se encontró otra manera de expresar y guardar el pensamiento; los surpis.

seca y se colocaban dentro de estuches de arcilla cocida o de tela, que se cerraban mediante trozos de barro endurecidos y sellados, que cumplían el mismo rol que el sobre y el lacre en nuestros días.

Nace también en la Cultura Antigua la DIDACTICA. Es aquí cuando encontramos la distinción entre lo que podemos llamar la “educación” del niño para su existencia personal y de relación y la “enseñanza” de los conocimientos alcanzados por la humanidad.

Desde el tercer milenio tenemos evidencia de que existen escuelas en esta extensión cultural. En Mesopotamia la más renombrada parece que fué la de Sippar. Se estableció una gradación y un método para el aprendizaje. El alumno conocía primero los signos simples de la escritura, después los grupos de signos y los ideogramas. Luego venía la gramática que era explicada por medio de paradigmas. En seguida se le iniciaba en las matemáticas, que comprendían las cuatro reglas elementales, el conocimiento del valor y equivalencia de los pesos y medidas y las monedas.

No habían textos en el moderno sentido, pero si colecciones paradigmáticas de signos, palabras y frases, así como tabulaciones con los resultados de las operaciones aritméticas, que, además de su fin pedagógico, servían como guías para los escribas y matemáticos.

En el Egipto hubieron también lugares de enseñanza donde se aprendía a leer, escribir y contar; el manejo de los jeroglíficos; las leyes y reglamentos de la administración y las fórmulas para la correspondencia epistolar. Después de muchos años de estudio se llegaba a ser escriba.

Existían escuelas de medicina y el papiro Edwin Smith está redactado en forma didáctica. Se ha hallado otro tratado o “Libro para curar las enfermedades”. En Saís, en el templo, había una “Escuela de Sabios Magos” y la “Casa de Vida” centro de estudios médicos.

Entre los judíos, los levitas tenían la misión de enseñar al pueblo y los grandes reyes, David y Salomón, se preocuparon de la instrucción pública. Más tarde, los persas introdujeron su sistema especial de educación y los magos se decían elementos de saber y cultura.

Desde el año 3,000 a. de C. puede decirse que existe ya un sector social culto. Los escribas egipcios y babilonios tienen en gran estima sus conocimientos y lo demuestra la popular "Sátira de los Oficios", en la que el padre, aleccionando a su hijo, denigra todas las ocupaciones para enaltecer la del escriba.

Los templos y palacios, además de las escuelas y así como los escribas, poseían libros. En Asiria encontramos una verdadera biblioteca, la de Azurbanipal. El Sardanápalo de los griegos, a pesar de sus crueldades en la guerra y sus vicios en la paz, reunió un gran número de obras escritas. En las bibliotecas y archivos el conjunto de ladrillos que componía un texto completo se guardaba, en una canasta, rotulada con una plaqueta de arcilla. Cada canasta venía a ser un libro o un expediente.

Por otra parte, las clases sacerdotales, a pesar de ambiciosas y absorbentes, representan un gran rol en el adelanto, conservación y transmisión de los conocimientos alcanzados por la humanidad en esta Cultura.

Aunque no pueden precisarse, en general, los esfuerzos particulares y sólo se percibe el avance colectivo, sin embargo nos han llegado los nombres de algunos personajes que poseyeron un espíritu evidentemente culto en esta etapa de la evolución humana. Tenemos a varios escribas egipcios, como Ani y Ptahetep, a Eknatón, el monarca innovador e inspirador de una tendencia liberal verdaderamente adelantada a su época, a los faraones Amasis y Neco. En Mesopotamia, hace 5,000 años, el escriba Enigal se preciaba de ser un

letrado, el rey Nabónides es un aficionado a los estudios históricos, el mismo Nabucodonosor era ilustrado y aún entre los sádicos sargónidas asirios encontramos, como hemos dicho, a Azurbanipal, que se rodea de libros y se jacta de su conocimiento y amor respecto a las sabias letras. En el Asia Mediterránea se sabe de la existencia del nombrado erudito Sanchoniatón y la Biblia pondera el talento y cultura de Salomón.

La MUSICA, en su elevada forma actual, es una de las más preciosas y auténticas creaciones de nuestra Cultura, más en la Antigua se nota que hubo gran afición por ella. En las tumbas de Ur, anteriores al tercer milenio, se encontró una orquesta de cámara, sacrificada para que deleitase al soberano en su vida ultraterrena. Arpas, salterios, guitarras, laúdes, flautas, trompetas, oboes, platillos son inventados o perfeccionados en esta Cultura, que también tuvo una grafía musical, como se ha comprobado por un texto cuneiforme.

Las grandes creaciones de la Cultura Antigua en lo que se relaciona con las artes plásticas no solamente nos impresionan por su grandiosidad y solidez sino también por su belleza.

La escultura helena puede reconocer sus antecedentes en el naturalismo asirio de los últimos años, cuyas expresiones más difundidas, el león y la leona heridas, son de un realismo efectivo. Al particular, los hallazgos en las poblaciones hetitas del Asia Menor hacen creer que en este pueblo se encuentra el origen de la escultura antigua.

La pintura egea, al fresco y al encausto, no fue superada, en cuanto a la técnica, hasta los albores de los tiempos modernos en que se inventa la pintura al óleo.

Los arquitectos sumerios y egipcios inventan el adobe y el ladrillo, la columna y la cúpula. El bajo relieve, el ladrillo esmaltado, precursor del azulejo, las decoraciones murales fueron legados de esta Cultura.

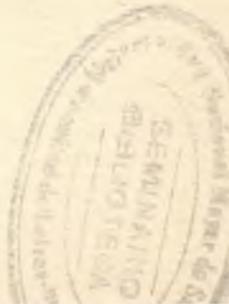
Son igualmente notabilísimos los trabajos en metal, vasos, figuras, joyas, así como los camafeos y otros minuciosos trabajos en toda clase de piedra. Los sumerios desde el cuarto milenio y los cretenses, en la época del esplendor minoano, maravillan por sus realizaciones en la orfebrería y la glíptica.

En esta Cultura la humanidad evoluciona trascendentalmente en lo que se refiere a la economía. La agricultura intensiva y la ganadería sedentaria transforman la vida del hombre, que controla ya, conforme a su iniciativa y su acción, sus medios de subsistencia. El comercio adquiere la modalidad que rige hasta nuestros días. Adviene el concepto de riqueza circulante. Aparece la banca. Desde el año 3,000, nos revelan tablillas cuneiformes que existían banqueros poderosos, como los Eggibi de Nipur, que realizaban la generalidad de las operaciones que hoy son el objeto de esas instituciones.

La moneda se crea en esa Cultura y en ella la inteligencia mercantil aramea inventa el sistema del crédito y la libranza.

Los caminos bien trazados, los puentes, las obras portuarias, los caravan-serail, los bazares aquí aparecen, así como los hombres se asocian en compañías, cuya constitución y funcionamiento la ley contempla, para desarrollar el comercio, el transporte y las manufacturas.

Los altos personajes y los ricos, puesto que en esta Cultura se forma la burguesía, llevaban una vida elegante y ceremoniosa, como Wells lo indica. Tenían joyas preciosas, finas telas de Damasco, tapices y muebles. Los asistían inúmeros criados. Contaban con médicos, dentistas, arquitectos; con músicos y danzarines para sus fiestas; con ebanistas, alfareros, decoradores, esmaltadores, perfumistas para que les suministrasen sus necesidades de lujo y confort. Celebraban grandes banquetes y tenían cotos de caza.



Las festividades públicas, que eran las ceremonias religiosas, pues la coronación del monarca, como hoy mismo, tenía este aspecto, fueron de una grandiosidad inimaginable. Herodoto relata que en Egipto se reunían hasta setecientas mil personas en una de estas ocasiones.

La arqueología nos enseña que hubieron grandes ciudades con centenares de miles de habitantes. Tebas, Menfis, Sais en Egipto, Sippar, Nippur, Kish en la Baja Mesopotamia, Nínive en Asiria, Ecbatana en Media, Susa en el Elam, Hatossas en el reino hetita, Tiro, Sidón, Biblos en el litoral de Siria, Damasco en el interior de este país, Knossos en Creta y, superior a todas, Babilonia, la ciudad luz del mundo antiguo, con sus maravillas y atracciones.

Eclosiona la primera de las Grandes Culturas o sea la Antigua, cuando se descubre la agricultura, la ganadería, la metalurgia. El cultivo por excelencia en esta etapa de la humanidad fue la cebada. En esa cultura se depende de este cereal, como en la Clásica y Occidental del trigo y como los asiáticos orientales del arroz y los indígenas americanos del maíz.

En los valles fécondos del Nilo y del Eufrates y Tigris, así como en las semi-fértiles praderas de Palestina y Siria, se producían, también intensamente, el centeno, la sémola, la linaza, plantas forrajeras, el lino. Se criaban numerosos rebaños de bovinos, cabras, carneros, asnos y, más tarde, el caballo. Los hombres, por otra parte, deben a esta Cultura la invención de la palanca, el plano inclinado, la polea, el aparejo, la cabria, el torno para elevar pesos, el cincel, el esmeril, la sierra, la rueda, el carro, el trineo, la vela, el barco de alta mar, mercante y de guerra, el arado de tracción, los canales de riego, el pozo de ladrillos, la báscula para regar, la noria, el molino, la levadura, la panificación, la cerveza, el vino, el hilado, los telares compuestos, la coloración

de las telas, los damascos, los brocados, la púrpura, los cordajes, el papel de papiro, la porcelana egipcia, el vidrio, el barniz vidriado o vidrio fusible, cuya composición olvidaron las culturas sucesoras, la fundición de metales, los hornos, los fuelles de aire, los sopletes de tubos, el damasquinado, el bronce templado elástico, también perdido, el adobe, el ladrillo, el ladrillo esmaltado, la balanza, el reloj solar, la clépsidra, las máquinas acústicas de aire y otros muchos descubrimientos, sobre todo en el arte manufacturero.

Es pues, necesario levantar el cargo de infecundidad que se le ha atribuido, tan a la ligera, a este período el más decisivo seguramente para la civilización humana.

Aún en materia religiosa la Cultura Antigua nos ha legado las mas elevadas concepciones. Si, por un lado, tenemos las abominaciones sensualistas en el culto de los caldeos, la estulta veneración a los animales en Egipto, los despiadados sacrificios de los adoradores de Baal en Fenicia y Siria, las ridículas prácticas de los sacerdotes de la Gran Madre Asiática o Cibele, como la llamaron los romanos, en Asia Menor, por otro, encontramos el ético dualismo zoroástrico y el monoteísmo espiritualista de los hebreos.

Podemos también asegurar que desde la eclosión de esta primera Gran Cultura, la vida de relación había avanzado en tal forma que no solamente, los hombres sino las familias y las tribus, sobre todo si eran del mismo grupo étnico, coexistían pacíficamente o, por lo menos, sin que la guerra fuese su estado habitual. Al aparecer las sociedades de agricultores, sedentarios, se fue acentuando el pacifismo en ellas y trataron de mantenerse dentro de los límites de sus pertenencias territoriales en buena armonía con los pueblos vecinos y en la mayor calma interior para poder desarrollar sus actividades. Es entonces en la Cultura Antigua cuando se es-

tablece verdaderamente la vida de relación entre los hombres y los estados.

Los egipcios y mesopotámicos, así como los demás pueblos del Asia Mediterránea, tuvieron indudablemente, desde remotos tiempos, gran intercambio cultural y comercial. En el segundo milenio antes de Cristo la topografía política de esa zona cultural estaba perfectamente formada. Existían grandes estados: el Imperio Amorita en Caldea, el Faraónico y el de los hetitas en Asia Menor, así como otros menores, el de los asirios a orillas del Tigris; de los mitanis, de raza aria, en el Alto Eufrates; Damasco; las ciudades fenicias y filisteas, en la Costa del Mediterráneo; los cananeos, en el interior de Palestina y, en el mar Egeo, la talasocracia cretense.

Todos estos pueblos comerciaban activamente entre sí y sus soberanos mantenían constante correspondencia diplomática y se enviaban embajadores. El caldeo era el idioma de comunicación internacional, cual el francés en los últimos siglos.

Después de la invasión al Egipto de los Hiksos, una banda de salteadores arios y semitas, que se formó en las regiones de Asia cercanas al Nilo, el espíritu nada conquistador de los faraones se modifica y para precaverse de cualquier peligro asiático, resuelven dominar Palestina y Siria. Monarcas de la dinastía XVIII avanzan con gran éxito por estos países, pero, en su camino hacia el Norte, se encuentran con los hetitas del Asia Menor que aspiraban, a su vez, a extenderse por el Sur.

Vienen negociaciones y encuentros militares importantes como la famosa batalla de Kadesh, pero, al fin, el rey de reyes hetita celebra con el faraón un pacto diplomático que es una muestra fehaciente del grado de adelanto que alcanzó entonces la Cultura Antigua.

El tratado es de mediados del año 1479 a. de C. Fue grabado sobre dos planchas de plata, una en egipcio y otra en caldeo, que, como decimos, era la lengua diplomática. Consta de un preámbulo en el que se expresa quienes fueron los embajadores. Viene, después, el nombre de los monarcas contratantes, se mencionan los convenios anteriores, se declara el establecimiento del estado de paz entre ambos países, se hacen mutuas promesas de no agresión, se constituye una alianza defensiva contra cualquier enemigo exterior, se ofrecen recíproca ayuda en caso de sublevaciones internas, establecen la extradición de fugitivos de toda condición, considerando, por lo pronto, una concesión de amnistía para los refugiados de un país en el otro. Se puso como testigos a los dioses de ambos pueblos, prediciéndose bendiciones para quienes respeten el tratado y terribles anatemas para los que lo violen. Firmado este acuerdo, se cambiaron ricos presentes entre los soberanos, el rey hetita visitó al monarca del Nilo y se realizaron alianzas matrimoniales entre las casas reinantes de ambos estados.

Este importante hecho es el punto culminante de la era de apogeo de la Cultura Antigua, esplendor que, en general, podemos ubicarlo entre el 2,000 y el 1,000 antes de Jesucristo. Este milenio que se inicia con el brillante imperio hamurábico, contempla el crecimiento del poderoso y adelantado reino hetita, la delicada civilización cretense, las aventuras marítimas de Sidón, el arte naturalista y el espíritu liberal de Tell Amarna, para terminar con el esplendor de la Jerusalem de David y Salomón.

Desgraciadamente el progreso en la vida de relación internacional que revela el tratado referido, tan conveniente para el armonioso desarrollo de esa Cultura, fue interrumpido por la aparición del imperialismo asirio, que se manifiesta con el carácter de un factor regresivo.

Ya desde el 1,100 a. de C., monarcas asirios belicosos, como Teglatfalazar, comienzan sus conquistas devastadoras, pero cuando el militarismo de ese pueblo se convierte en un verdadero azote para los países del Asia Anterior y el Egipto es con Sargón y sus descendientes. Estos realizan las mayores atrocidades que conoce la Historia. Forjaron un gran mecanismo bélico. Sus soldados estaban minuciosamente equipados. Usaron en la guerra armas de hierro, caballos, carros falcados y máquinas de sitio, que no poseían sus vecinos. Fue la primera potencia que empleó el método de la sangre y el hierro.

Si bien los medos y persas, tribus indo-europeas, imitando sus sistemas de guerra, terminaron con este poder destructor, el Nuevo Imperio Babilónico, que se levanta sobre sus ruinas, sigue el mismo fatal ejemplo y cuando Ciro el persa y sus sucesores llegan a dominar, más benevolamente, esta superficie cultural, ya la Cultura Antigua principia a batirse en retirada ante la maravillosa lumbre que parte de Grecia.

Biblioteca de Teodosio Cabada.
«Jorge Puccinelli Converso»